



Núm. 12.

28 de Febrero de 1861.

Año I.

PREMIOS PARA LA VIRTUD.

Hemos buscado con avidez, en el rincón de su taller ó de su pobre vivienda, á quince personas de las mas virtuosas de la clase pobre, en condiciones dadas: ahí las teneis; honrémoslas como se merecen, porque en este mundo, nada hay mas respetable que la virtud.

Excmo. Sr. D. Antonio Guerola.



CABA de escribirse una memoria, por el Sr. D. Ramon Franquelo, Director del Correo de Andalucía, sobre el acto sublime de distribucion de premios á las clases pobres, que tuvo lugar el 31 de Diciembre último en la provincia de Málaga, que será en lo venidero uno de los libros en que deberán estudiar todas las clases; porque igualmente hallarán en él consuelo y alimento para el alma.

El rico encontrará allí todas las dulzuras del evangelio, todos los gozes del bien, sintiéndose dispuesto á ofrecer su oro, solo por ver la honrada frente del artesano, inclinarse con agradecimiento en el honroso palenque, que preside la religion y la caridad, y recibir de manos piadosas el premio de una vida, llena de sufrimientos y abnegacion.

El pobre á su vez, leerá las biografias de buenos hermanos y llorará de gozo y se dará por satisfecho de sus nobles acciones y querrá seguir su bello ejemplo y dirá cuando el trabajo lastime sus miembros y el sudor inunde su frente.—¡ Y que importa, si el mundo mañana premiará mis afanes, si cada gota de este sudor será una alabanza de mis semejantes y cada hecho superior que egerza, me valdrá una bendicion y una lágrima de recompensa y gratitud!....

¡ Y luego, el oro que venga á mis manos, no será una limosna, ni un préstamo forzoso, ni una caridad que brilla al tomarla, y llena de cieno nuestro corazon; porque los medios que

se emplearon para adquirirla, no fueron aquellos que la conciencia nos ordena. Nada de eso; porque el oro que dan los poderosos en el *Jurado Calificador de acciones virtuosas*, es un oro purificado, como el alma que le recibe: un oro que no avergüenza, que llena de orgullo, y que al poner la mano para recibirle, no tiembla de humillacion, sino de dicha, de felicidad.

Un oro que nos ofrece nuestra piadosa soberana Doña Isabel II, esa Reina que reina en los corazones, no por lo escelso de su ilustre raza, no por la rica corona que ostentan sus sienes, no por el cetro que rige, ni el dosel que la circunda, si no por su elevado espíritu, por su piadoso corazon, por su amor á los pobres.

Mil y mil vivas y loores á esta madre de la caridad cristiana, y mil votos de gratitud y entusiasmo al dignísimo Ayuntamiento y Diputacion de Málaga, que han llevado á cabo un acto, superior á ser descrito; porque hay ciertos hechos, para los cuales faltan frases y coloridos.

Sin embargo, el Sr. D. Ramon Franquelo, vocal secretario de este jurado honroso, ha escrito un acta detenida, donde no se sabe que admirar mas, si lo sublime del lenguaje, la vastísima erudicion que encierra, ó la ternura y verdad con que está escrito.

Ya habíamos tenido la satisfacion de ver infinidad de trabajos literarios del distinguido Director del Correo de Andalucía, y en nuestra pobre opinion el menor de ellos, podía conquistarle un nombre ventajoso en la república de las letras; pero la memoria que acaba de escribir, nos ha afirmado aun mas en esta idea, y ha sido un nuevo florón para la bien conquistada corona del Sr. Franquelo.

Este lindísimo libro, precedido del precioso y sentido discurso; que pronunció el muy dignísimo gobernador civil de Málaga excelentísimo Sr. D. Antonio Guerola, encierra las mas preciosas y sublimes biografías, que puede soñar una mente cristiana.

Todos los rasgos que por grandes y generosos nos conmueven y embriagan, están allí escul-

pidos con letras del corazon, con bellas tintas del alma.

Sin tener la dicha de haber asistido á ese palenque de la virtud, donde se hallaba reunido lo mas brillante de Málaga, rebosando amor hácia el pobre y deseando llegase el instante de ornar su pecho con la medalla del honor, y aliviar su suerte con la recompensa del oro, cree uno hallarse en aquel sitio, y se conmueve y se agita y llora de placer, solo con la reseña que de él hace el distinguido literato, que tuvo la honra bien merecida de ser vocal secretario de tan grandioso jurado.

Allí vemos adelantarse con vacilante paso, al anciano virtuoso que ha envejecido trabajando dia por dia, sin descanso, sin tregua, para procurar el sustento de nueve sobrinos, á quien un padre tirano abandona sin piedad. El los recoge, los lleva á su casa, se los entrega á su esposa y dice.—Aquí tenemos nueve hijos: trabajemos para ellos. Dios nos dará fuerzas: confiemos en él. Y trabaja el infeliz y sufre necesidades amargas; pero siempre con el corazon en la Providencia, cria los nueve desgraciados y los dirige y los coloca, y hoy cuando se vé torpe, sordo, sin fuerzas y aguardando el fin de sus bien empleados dias, hé aquí que lo premia el mundo, y Dios sin duda lo mira desde su trono con benévola sonrisa y le guarda un asiento entre los seres justos.

Luego vemos al honrado jóven que desde edad de catorce años mantiene á un padre loco y despues perlático y ciego, y á su madre y hermanas desvalidas, teniendo el pobre niño que dedicarse á duros trabajos para llevar un escaso alimento á su desolada familia, recibiendo en cambio crueles tratamientos del infeliz demente, que le castiga sin cesar, no permitiéndole sentar á la mesa, ni tener el consuelo, enmedio de sus amarguras, de recibir las bendiciones del padre, á quien ama con ternura, desgarrando de continuo su pecho el verle con la razon perdida.

Este noble jóven ama la Iglesia, desea ser sacerdote, la virtud y la religion son sus mas

caros objetos. Tiene un protector que le costea la cristiana carrera, sacándole de su triste estado de infeliz jornalero.

Tan bello cuadro le seduce y embriaga; pero con la mayor firmeza lo rehusa y atiende solo á las necesidades de su amada familia.

Sacrifica por ella su cuerpo y su espíritu.

Tambien vemos allí recibir el premio á dos grandes hombres, *Caballero* y *Cortés*, jóvenes honrados, valientes é intrépidos hijos del pueblo, que desafiando la furia del mar, el uno salva la tripulacion del *Iris*, bergantin español, que victima de la tempestad perecia, sin que nadie se atreviese á desafiar las olas y á llevarle socorro, y *Pedro José Muñoz Caballero*, con un arrojito temerario, se lanza en las embravecidas aguas, y luchando pertinazmente con las ondas, que amenazaban tragarle, lleva un cabo al capitán del buque y por él descienden poco á poco aquellas infelices victimas; pero habia un niño, un niño que tenia miedo, y temblaba y no podia bajar por aquella cuerda, debajo de la cual esta el abismo.

Una ola se lo llevó al fin: todos rompen á esta escena en gemidos de dolor; pero nuestro intrépido joven se lanza otra vez, y despues de luchar con denuedo, saca al niño en los brazos y lo entrega á los llorosos espectadores; mas él, ya cansado de la terrible lucha, es arrebatado por una ola, y todos creen que aquel generoso y sublime joven ha perecido.

¡Mas no que la providencia le tenia reservado, para que recibiese la recompensa de los hombres y la bendicion divina.

Se salvó al fin. ¡Bendito sea el que así espone su vida por la de sus hermanos!

El otro intrépido joven, *Manuel Cortés* y *Gonzalez*, trabajador en el muelle, ve en una aurora de desventura, naufragar dos faluchos, y á los infelices tripulantes estrellándose contra las piedras y sufriendo empujes y golpes horribles: entonces sin acordarse de su propia existencia, solo mira el peligro de aquellos desventurados y se arroja á las aguas, para dar una cuerda á los que pudiese, aun á

costa de su vida; pero las aguas horrorosamente irritadas, le envuelven varias veces queriendo tragarle, y él, cada vez mas heróico y firme, en lugar de ganar la orilla para salvarse, emprende de nuevo su noble tarea y al colocarse en una piedra para arrojar el cabo á los náufragos, se envuelve con ellos, y lucha y sufre golpes horribles, que lo arrojan sin sentido á las escalerillas del andén, de donde es recogido el desventurado, trasladándole al hospital, para salir inútil, asegurando los médicos que morirá al fin.

Despues vemos adelantarse sucesivamente á recibir el premio de sus virtudes, hasta quince seres, todos de existencia digna de grabarse con letras de oro, en los anales de una historia, que debe empezar á escribir la sociedad civilizada, para que sirva de ejemplo á todas las clases, y sea en el porvenir el libro de estudio, para todo corazon cristiano.

Ya en varias provincias, entre ellas *Granada* y *Málaga*, ha empezado esa era de regeneracion.

Es el paseo mas meritorio que ha dado la civilizacion moderna.

Si, es digno de alabanza, y lauros de guerrero.

Si el artista ciñe coronas á sus sienes.

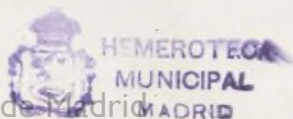
Si el poeta ve ornada su frente de flores y laureles.

Si el hombre de ciencias y el filósofo legan su nombre á la posteridad. ¿Por qué el honrado artesano, todo corazon, todo grandeza de espíritu, todo generosidad y desprendimiento, no ha de ver escritos sus hechos, é impresos sus nombres, para que el mundo los aplauda y venera?

El hijo del pueblo, es tan hijo y amado de Dios, como el monarca que ciñe corona de esmeraldas y brillantes.

La era del *Señor* y del *Villano* ha concluido, del *grande* y del *plebeyo*. Solo hay hermanos y nadie mejor que nuestra piadosa Reina nos dá una muestra de ello, tendiendo fraternalmente su mano bienhechora hacia los desvalidos.

La virtud solo triunfa.



Sed virtuosos y sereis los mas queridos Ciudadanos.

Ya no quedará relegada al olvido la honrada familia que en su pobre choza, ó en su estrecha vivienda, ejercia hechos sublimes de caridad, guardando las leyes del honor y de la religion, sin que nadie se ocupase de su mérito, ni cuidase de premiar sus virtudes.

Si el oro impera en los seres vulgares: la grandeza del corazon seduce las almas grandes.

Artesanos, escuchad mi acento.

Leed la memoria que ha escrito D. Ramon Franquelo y vuestro pecho tierno y sensible por naturaleza, como el de todo Español, honor y gloria del mundo, se sentirá con fuerzas sobre humanas, para soportar los azares de la vida y hacer heróicos sacrificios por vuestros semejantes.

En vosotros está la fuerza fisica y la grandeza moral; por que no se ha corrompido con el interés y las ambiciones que gastan y secan el corazon.

Emplead tan bellas dotes en hechos que mañana refiera el mundo y sirvan de ejemplo á vuestros amados hijos.

¡Como llorarán de júbilo estos inocentes cuando les digan sus madres.—«¡Hijo de mis entrañas, esta medalla, que será tu herencia, la conquistó tu honrado padre, en un jurado de grandes señores, donde premiaban generosos las acciones de abnegacion, heroismo y virtud!»

¡Que mejor herencia! ¡Que riqueza de mas brillo! ¡Que oro ni que titulos de mas esmalte y mas valia!

El hijo que hereda un nombre sin mancilla, es el mas rico entre los poderosos de la tierra.

No cesaremos de repetirlo. La provincia que lleve á cabo, lo que acaba de hacer Málaga y han hecho anteriormente, Barcelona Granada, Valencia, y Jeréz, alcanzará una corona de gloria para el mundo, y las bendiciones del altísimo, que ve en estos hechos, el mas sagrado principio de su doctrina.

Rogelia LEON.

UNA PÁGINA DE LA HISTÓRIA DE ASTURIAS.

A LOLA SEVILLANO, EN MUESTRA DE SINCERA AMISTAD,
EL AUTOR.

«Si la hiciste en Pajures
Pagarásta en Campomanes.»
(Fernan Nuñez: proverbios castellanos.)

I.

A nombre de Alfonso V el noble, gobernaba la antigua fortaleza de Tudela ¹ el Conde *Fruela Ramirez*, guerrero encanecido en cien combates. Luengo tiempo era pasado, desque perdiera su esposa, y le restaban por únicas prendas de su enlace dos hijos, *Roderico-Frolan*, tipo de valor y virtudes caballerescas, y *Adosinda*, bella cual la rosa recién nacida, dulce y cariñosa cual la paloma que se cobijaba en las pardas almenas del Castillo.—Desde sus primeros dias fuera prometida á su pariente *García de Valdés*, doncel de preclaro linage y muy amado del Conde Fruela, por su destreza y valor en la caza y en la guerra.—Mas Adosinda, que pasara su infancia con García, no sentia por él otro cariño que el de her-

¹ Sobre la cúspide de un monte que enseñoera un estrecho valle regado por el Nalon, se ostentan las magestuosas ruinas de la fortaleza de Tudela que dió nombre á aquel territorio. Era mirada como inespugnable por su aislada situacion, por la robustez de sus muros, y por los siete parapetos que le cercaban. Algunos historiadores asturianos mas ricos de entusiasmo que de criterio, señalan por su fundador á Túbal como Tirso de Avilés cuando dice:

«El Castillo de Tudela
Sobre aquel alto collado
Por Túbal fué fabricado.»

Otros mas razonables atribuyen su fábrica á los Romanos que lo llamaron *tutela* ó *Guarda del país*. Hablan tambien de cierta inscripcion incrustada en sus muros que aludia á la gloriosa guerra contra Augusto. El rey Ordoño I menciona como existente el castillo de Tudela en 854, y en los primeros años del Siglo X, fué restaurado por su hijo Alfonso el magno. En tiempo del Emperador Alfonso VII se hizo fuerte en el mismo Gonzalo Pelaez. Despues formó parte de la Obispalia ó sea dominio temporal de los Obispos de Oviedo.

En 1220 era Alcaide de Tudela, García Martinez, y en 1251 Fernando el Santo devolvió esta fortaleza al prelado Ovetense, á quien la quitara Alfonso IX. La ciudad de Oviedo exigió en 1514 al Obispo pusiese coto, á las demasias que cometian los hombres de armas que guarnecian á Tudela, y aquel lo prometió solemnemente por escrito. Finalmente Juan I mandó en 1585 dismantelar este Castillo, con motivo de las continuas rebeldias de su hermano bastardo el Conde de Gijon.

mana, y jamás la idea de su desposorio, la hiciera sonreír.—Desde algun tiempo llovieran sobre la noble familia, que en Tudela moraba, desdichas sin cuento.—Sus ganados que pacían en los valles de *Omaña* y *Babia*, fueran robados por los feroces soldados de Almanzor; sus caserías reducidas á ceniza, y muchos de sus esclavos y vasallos llevados á Córdoba, en cuyas mazmorras gemían tambien Roderico-Frolan y Garcia de Valdés, sin lograr romper sus cadenas por mas que se ofreciera al Califa un riquísimo rescate.

Huía el otoño, y los árboles se despojaban de su ropaje de pardas hojas, cuando cierta tarde que la niebla cubria con un velo de gasa el valle de Tudela, se veía sentada Adosinda á una ventana del salon bizantino de la fortaleza.—Un laud abandonado á sus pies, y las inquietas miradas que á lo lejos dirijia, mostraban, que ya fatigada de repetir las viejas cantigas que su nodriza le habia enseñado, aguardaba impaciente á su buen padre, que con los nobles de las cercanías, fuera en busca de dos ferocísimos osos que se dejaran ver aquellos dias, y causaran terribles estragos.—De pronto resonaron en los confines del valle, voces, relinchos y ladridos, y se dejó ver el

Conde.—A su lado venia un jóven desconocido de aventajada estatura, bizarro porte y varonil belleza.—Su vista causó en Adosinda una sensacion que no percibiera jamás.—Un lijero estremecimiento recorrió todos sus miembros; su seno palpitó con violencia bajo el jubon de damasco que dibujaba atrevidamente su esvel-

to cuerpo, y con el blanco cendal que en la mano tenia, hubo de acudir á sus hermosos ojos, humedecidos con dulces lágrimas.— ¡Ea! dijo Fruela-Ramirez al entrar en el salon: abrázame, miquerida Adosinda, y dispon se agasaje cumplidamente á este valiente extranjero, que acaba de liberarme de las garras del oso mas feroz que se crió en nuestros montes.— Por la Virgen de las batallas, que es de brazo y brio este jóven cazador.—Él



El Castillo de Tudela.

desafió á la fiera, cuerpo á cuerpo, y le clavó el venablo, como valiente montero, cuando iba á despedazarme, como lo fué el rey Favila.— ¡Qué echen al fuego una encina entera!... Que rellenen los jarros de *sidra* y vino de *pasael monte*,¹ y que nos sirvan pan de figa,² cecina.

¹ Así se llamaba en Asturias el vino de Castilla, como puede verse en varios documentos del tiempo á que se refiere esta historia.

² Llámase tambien *pan de escanda* y es el que se hace de cierto trigo muy preciado en el país, y procedente del que en

y jamon de jabali.—Venimos hambrientos como lobos.

—Los cazadores se sentaron atropelladamente en derredor de una tosca mesa, y se dió principio al rústico banquete, animado por el mas estrepitoso regocijo, en tanto que los jóvenes labradores danzaban en derredor de los dos muertos osos en el patio de la fortaleza.—Fruela-Ramirez despues de apurar, mas de una vez su ancha copa de plata, descargó sobre la mesa su fuerte puño y dijo: brindo por el noble jóven que tan bizarramente destrozó la fiera.—Todos aplaudieron con algazara, y el desconocido, dando gracias con cortos ademanes, propuso otro brindis por Adosinda, lamentándose que tan rica joya, estuviere oculta en aquel retirado Castillo, cuando debiera ornar la morada de los reyes.—«¡Por Cristo!» gritó el Conde de Tudela.—«Si no hubiera desde que nació, destinado su mano, seria para ti, mi querido huésped, por mas que en mi linaje, no haya ejemplo de casar con extranjeros.»—Entonces invitado el mancebo, contó en breves palabras su historia.—Llamábase *Iñigo Garcés*, y habia nacido en los valles de la *Borunda* en Navarra.—Se educara en el monasterio de Leyre. Herido peligrosamente en una batalla con los moros, de la que mostró no sin disculpable vanagloria, una reciente cicatriz que dividia su frente, hiciera voto de ir en romería á San Salvador de Oviedo.—Al regresar á su país, tuviera la suerte de encontrar á Fruela-Ramirez.—La bella Adosinda escuchaba con embeleso al valeroso mancebo, á quien debia la vida de su buen padre, y bebía de sus ojos, el dulce veneno que se inoculaba en su alma.—Iñigo aquella misma tarde, juró amor eterno á la noble doncella, y escuchó tambien de los lábios de esta, dulcísimas palabras, de esperanza y de ventura.

II.

Se Pasaron muchos dias.—Adosinda perdie-

remotos tiempos trajeron varios navegantes de la Escandinavia en ocasion que habia en España grande escasez.—El monge de Albelda, cronista del siglo X menciona *La escanda* como la producción principal de Asturias.

ra el bello matiz de sus mejillas y el brillo de sus ojos. Una nube de tristeza envolvía su pálido semblante.—Iñigo, avergonzado de su larga ociosidad, habló tímidamente de la guerra, de su rey, de su país, y demandó á su huésped licencia para abandonar aquella para él encantada mansion. Abrazó, pues, cordialmente al anciano conde, cambió con él su espada en señal de amistad eterna, y despidiéndose con respeto de la hermosa Virgen, previno á su escudero aprontase los caballos al rayar el alba.—Esta era la hora en que solia dejar el lecho el Sr. de Tudela.—«Que vayan á buscarme á Adosinda;» dijo con semblante adusto.—«He tenido esta noche tristes ensueños, y quiero me cante con su laud, las trovas guerreras de nuestra patria, para ahuyentar mi negro humor.»—«Señor, dijeron las camareras de Adosinda: «vuestra hija no está en el castillo; la hemos buscado y no ha parecido, su voz no ha respondido á la nuestra.»—Furioso el conde como el leon herido, y volando como la saeta salida huida de la balleta, corria á los pocos momentos seguido de sus fieles servidores, atravesando los montes, los valles, los precipicios y los arroyos. «¡Oh mi fiel caballo!» decía: «mil veces has llevado á tu señor al combate, á la victoria; muchas le has libertado cuando estaba herido del alfange sarraceno. Hoy no te confia su salvacion, sino su venganza.—Oh, sí, tomaré venganza sangrienta, espantosa, del aleve extranjero que con palabras de paz me robó mi joya querida.....» Pasaron al fin el pié de la gigante sierra de *Arbas*.—Los caballos cubiertos de sangrienta espuma y con sus costados desgarrados por los acicates, iban á sucumbir á la fatiga; mas por un último esfuerzo treparon hasta la elevada cumbre.—Allí Fruela tendió sus ansiosas miradas, mas nada descubrió.—¡Adosinda! gritó muchas veces con poderosa voz; y solo le respondieron con sus graznidos los cuervos, que huyeron á la copa de los altos pinos.—Lanzó un sordo gemido y sus cabellos grises se erizaron, é inclinando la cabeza sobre el pecho, quedó sombrío como un fantasma.—Entonces con acento inesplicable en

que se mezclaba la ternura y el furor, exclamó: ¡la he perdido!—La infeliz doncella hubo de llorar bien presto las consecuencias de su error. Íñigo era el mas perdido de los hombres, y despues de algunos dias de amor y de delirio, abandonó á su desventurada víctima, que cual la antigua pecadora de *Magdalo*, se retiró á una gruta en lo mas fragoso de un monte. Allí cubierta de pieles, teniendo yerbas por único alimento y por lecho una piedra, pasó una vida de aspiracion y penitencia.—En sus últimos instantes, rebeló al sacerdote que le



Adosinda en la gruta.

prodigó los auxilios de la religion, su nombre y su desgracia, y le encargó pidiera á su desolado padre su perdon y el de Íñigo.—Breves dias sobrevivió Fruela á su tierna hija.....

III.

En los espesos jarales que cubren los montes de Pajares, resonaba el 18 de Octubre de 1055 la bocina del rey de Navarra, Sancho el mayor.—Venía el poderoso monarca con lucida escolta en peregrinacion á Oviedo, con objeto de venerar las reliquias de la *Cámara Santa*, y de abrazar á su cercano pariente el obispo D. Poncio, é interrumpiera algun tanto su viaje para solazarse en el ejercicio de la caza.—Habia echado pié á tierra, y seguido de algunos monteros, marchaba cautelosamente entre la maleza sobre el rastro de un jabali

que se avistara poco antes, cuando salieron á encontrarle dos hombres que vestian el pardo sayo de los montañeses.—Señor, dijo al rey uno de ellos, venid por este sendero y vereis la fiera cobijada hácia aquellas peñas, y estendió el brazo mostrándoselas.—Siguió don Sancho á sus guías, y muy en breve se encontró en cierta esplanada formada por los leñadores en medio de la espesura y donde se veia una caverna calada por la naturaleza al pié de una altísima roca.—Entró osadamente, mas se detuvo sorprendido al divisar en el fondo de aquella gruta, en vez del jabali que buscaba, un tosco monumento funerario, compuesto de piedras amontonadas en forma de pirámide, que sostenia una cruz de madera.—Uno de los montañeses le dijo entonces con terrible acento:—«Hé aquí la tumba de Adosinda, de tu desdichada víctima.»—«Ahora bien;» dijo el otro que era Roderico-Frolan, algunos años antes libre del cautiverio; «Somos dueños de tu vida, mas aunque de ello no eres digno, habremos de quitártela eual cumple á caballeros.—Combatirás conmigo, y si yo sucumbiese, mi buen hermano Garcia de Valdés me vengará. Esta espada que cambiaste por la de mi buen padre, y en la que olvidarás estaba tu nombre escrito, será el instrumento de tu castigo.»—Sancho el mayor, era el mas valiente de los guerreros de aquel tiempo, mas el crimen acobarda.—Retrocedió espantado, y con voz trémula, gritó: «¡A mí navarros!.... ¡que asesinan á vuestro rey!»—«Será posible, dijo Roderico con el tono del desprecio: «¡eres tú el que la fama pregonaba de valeroso!—¡No te salvará tu cobardía; miserable!....» Levantó entonces la espada con vigoroso brazo..... iba á dejarla caer sobre la cabeza del rey..... cuando se vió cogido por cuatro ballesteros que acudieran.—«Ya lo veis, les dijo D. Sancho: estos miserables son sin duda enviados por mi cuñado Bermudo el rey de Leon.—En el instante, sin piedad, que paguen su crimen con la muerte.—García de Valdés por un movimiento rápido como el pensamiento, logró desasirse de los navarros y corrió á ocultarse entre los matorrales, mas el desventurado Roderico fué en el



momento atado al tronco de una encina, y asaeteado.—Su cuerpo quedó insepultado y abandonado á las fieras. El rey dió por terminada la batida, y continuó tristemente el camino de Oviedo.—Tres horas despues, llegaba al pueblo de Campomanes, y de pronto se oyó el silbido de una saeta, que cual si fuera dirigida por la mano de Dios, fué á clavarse en su corazon derribándole muerto del caballo.—Corrieron furiosos sus guardias y monteros en busca del matador, que era García de Valdés, mas no lograron encontrarle. Entonces tomaron la insensata venganza de incendiar el pueblo que fuera teatro de tan terrible suceso, y las maldiciones, gritos y lamentos de las mujeres y ancianos, que veían convertidas en pavesas sus viviendas, fueron el único canto fúnebre que se entonó sobre el yerto cuerpo del mas poderoso monarca que viera España desde la irrupcion de los Sarracenos ⁴.—Dios jamás deja impunes los delitos, y escribió en su Sagrado Código: «*el que á hierro mata, á hierro muere.*»—Esta terrible, al par que consoladora sentencia, desde el acontecimiento que acabamos de narrar, corre de boca en boca entre los aldeanos de Asturias, traducida al proverbio: «Si la hiciste en Pajares, pagarás-la en Campomanes.»

Nicolás Castor de CAUNEDO.

ESTUDIOS MORALES.

Habiendo sabido Fernan Caballero que los nietos del Sr. don José de Madrazo, reunidos en casa de su abuelo, le habían dedicado una ovacion, les escribió algunas cartas, y la siguiente es una de ellas.

¿Me conoces?

Así dicen las máscaras. Mas esta pregunta es ociosa entre nosotros, niños míos, que llevamos, á Dios gracias, la cara y el corazon

⁴ Se titulaba D. Sancho el mayor, rey de Navarra, de los montes Pirineos y de Tolosa, señor de Castilla y emperador de España.—Véase, la Crónica general y las particulares de Asturias sobre la muerte de este príncipe. Su cadáver fué llevado á Oviedo y trasladado por su hijo Fernando el Magno á San Isidoro de Leon.

descubiertos y nos conocemos como los mas íntimos amigos. Como somos sinceros, vosotros por inocencia, yo por carácter, creemos mutuamente nuestras palabras y demostraciones; gran ventaja que llevamos á los diplomáticos; por lo que me ha sido en extremo grata la infantil ovacion que me habeis hecho. Las ovaciones suelen producir en espíritus débiles ú orgullosos, vanidad; pero las vuestras tienen la ventaja de causar un sentimiento mucho mas bello, dulce é inocente, que es el enternecimiento; y razon tuvo la persona que en mi nombre os dijo:

Quando el buen Fernan se sepa
Por tales bocas cantado,
De cierto lo estimará
Mas que ningun otro lauro.

Ahora bien, yo quiero daros las gracias y demostraros mi gratitud, pues la falta de gratitud prueba un corazon frio, falta de aprecio al favor, y ausencia de delicadeza, que es el perfume de las flores en el vergel de las virtudes.

Si viviésemos cerca, yo os pagaría en la misma moneda, esto es, os ofrecería los dulces mas finos y esquisitos y mas de vuestro gusto.

Como por desgracia no lo estamos, os obsequiaré contándoos un hecho verídico que acaba de suceder, y que en su tierna sencillez envuelve no poca significacion moral. No tiene gran interés, es un hecho acaecido entre dos niños, que Fernan Caballero cuenta á otros, y que, aunque en sí insignificante, encierra una leccion. Cada leccion, niños míos, por pequeña que sea, la debeis depositar en vuestro corazon, como las abejas en su colmena depositan la miel de cada flor para gozar toda la vida de los ricos panales que forman. Así pues, si vosotros me habeis dado un lauro, que conservaré siempre en mi corazon, conservad tambien vosotros en el vuestro la gotita de miel que de mi sencillo relato podeis extraer.

En un hermoso pueblo de campiña cercano á una de las capitales de Andalucia, habia ido á establecerse un negro, el cual se habia con-

ducido con el amo que tuvo con tanta lealtad, cariño y solícito cuidado, que cuando murió este le dejó en recompensa cuanto tenía. El buen negro lloró mucho á su amo, por cariño y por gratitud, y viéndose en tan buena posición, se casó con una paisana suya, y tuvieron un niño gracioso y mono, negro como sus padres.

Frente á la casa que habitaban, vivía un señor rico y principal, que tenía también un niño cual ellos, y de la misma edad que aquel; solo que este era blanco como un cisne, rubio como el sol, sonrosado como la aurora: y le amaban sus padres con el mismo extremo con que al suyo amaba el buen matrimonio negro.

Los niños se vieron y se hicieron íntimos amigos, buscándose siempre con afán cuando salían á las puertas de sus casas, para jugar uno con otro; y era de ver el contraste que formaban que hacía resaltar sus opuestas naturalezas físicas.

Un día que estaban jugando, le dijo el negrito al niño blanco:

—«Mira ¿quieres venir conmigo á mi casa?»

—«Sí quiero, contestó el otro»—y ambos se encaminaron á la casa.

Cuando entraron le dijo el negrito á su padre:

—«Padre, ¡mire V. que niño tan bonito!»

—«Sí que lo es, contestó el negro, y ya que tanto lo quieres, dale un beso.»

El negrito se acercó presuroso al niño blanco con intención de dárselo; pero este sorprendido, por un instintivo movimiento de repulsión, se echó hácia atrás.

Entonces el negrito, sin ofenderse de la repulsa, le dijo con dulce cariño y encantadora sencillez:—«anda ¡déjame que te dé un beso: no tengas cuidado, que no me destiño!»

Y bien que dijo aquel suave y cariñoso angelito; niños míos: Las faltas y ventajas físicas, ni se pegan ni hacen merecer ni desmerecer á nadie; las que se pegan, pervierten y degradan, son las faltas morales, esto es, los vicios de carácter y de conducta. Y esta es la hermosa lección que tan sencillamente os ha dado el negrito.

Fernan CABALLERO.

LA ESCUELA DE MAGIA.

(Cuento alemán).

Un dean de Colonia pensaba hacia mucho tiempo en dedicarse á algun arte ó ciencia propia de su ya madura edad. Su vida pasaba entre todas las consideraciones que proporcionan las riquezas y la abundancia, hallándose libre de todo género de trabajo. Cansado al fin de la ociosidad, se decidió por la magia. Creía que en ella despues de algunos esfuerzos hechos con facilidad, trabajarían en lugar suyo los espíritus. Se informó enseguida de donde podría encontrar un buen mágico, y se le recomendó un tal Rodrigo de Milan, como el mejor entonces conocido. Tomó en el acto caballos y cartas de recomendación, marchó á Milan, buscó á Rodrigo, y le suplicó se dignara admitirle entre sus discípulos.

El dean suponía encontrarse con un hombre gigantesco, armado de su correspondiente vara mágica, de terrible rostro y larga barba: pero se halló por el contrario en presencia de un honrado y amable anciano, vestido y formado como el resto de los mortales. Díjole medio cortado su pretension, á la que le contestó Rodrigo.

—Se bien venido á mi casa, como discípulo y como hijo. El arte á que te quieres consagrar, es sin duda el primero de todos; pero exige por lo tanto del que á él pretende dedicarse, un corazón puro. ¿Lo está el tuyo?

—Así lo creo.

—Y yo debo creer en tu palabra. Las fuerzas de la naturaleza obedecen á los espíritus; pero el dominio del corazón pertenece solo al hombre. Ante todas cosas te pregunto; ¿me quedarás reconocido si te indico el camino de la sabiduría?

—Lo estaré eternamente.

—No te exigiré grande recompensa, pero mira; tú eres dean de una antigua y célebre iglesia, no dejarás de ascender á dignidades superiores: ¿Te acordarás, si llega ese caso, de tu maestro?

—¿Para qué puedes necesitarme? Si me hablas con formalidad, desde este momento es tuyo cuanto tengo y cuanto puedo.

El dean le repitió entonces sus promesas de tal manera, que el anciano aparentó quedar enteramente convencido de su veracidad. Se levantó y llamó á la cocinera.

—Prepara, la dijo, dos perdices, pero no

las pongas en el asador hasta nuevo aviso; ahora, amado hijo, sígueme.

Con estas palabras condujo al dean á una sala llena de libros é instrumentos, y empezó inmediatamente á instruirle en el uso de estos.

Pero apenas habian comenzado, entraron dos hombres que venian de Colonia y traian una carta al dean. Era que su tío el obispo ha-



Una embajada en la edad media.

bia caído malo, y le mandaba regresar enseñada si quería recibir su última bendición. Pero el sobrino que sentía más la interrupción de sus estudios que la enfermedad de su tío, creyó poder pasarse sin su bendición; se escusó prestando negocios importantes y apremiantes, y ambos enviados regresaron como habían venido. Sin embargo, volvieron pocos días después y le aseguraron que debía ponerse con la mayor presteza en camino, pues había muerto su tío y el cabildo le había elegido obispo en su lugar.

Apenas Rodrigo escuchó esto, le suplicó concediera su deanato ya vacante á uno de sus hijos. Hízole el nuevo obispo mil protestas de no poder cumplir con él por esta vez, permitió al anciano que le tratara como hermano, y le

dijo que le acompañara á Colonia y llevase consigo á su hijo, pues le tendría presente en la primera ocasión.

El anciano se manifestó agradeido: se pusieron en camino y no estaban muy distantes de Colonia cuando recibieron bulas de Su Santidad. El nuevo obispo creyó que contendrían la satisfacción de su nombramiento, pero no quedó poco admirado, cuando vió y leyó que el Pontífice le concedía el arzobispado de Maguncia por sus méritos particulares, y dejaba á su voluntad la elección de su sucesor. El mismo no sabía explicarse sus méritos, pero renunciar á su dignidad por esta duda, hubiera sido una falta mucho mayor; la aceptó, y apenas la había aceptado, cuando se presentó Rodrigo suplicándole con la mayor humildad,

tuviera presente á su hijo para la provision del obispado vacante. Su discípulo confesó que se habia hecho acreedor á esta distincion, pero le aseguró enseguida, que debia necesariamente ceder su silla á un tío paterno con quien le ligaban antiguas obligaciones.

—Acompáñame á Magencia, añadió, lo que yo tengo debemos gozarlo ambos, y no faltará ocasion en que te pague mi deuda con usura.

El buen anciano quedó aun por esta vez satisfecho; marcharon á Magencia; Rodrigo no perdonó ningun medio para instruir al nuevo arzobispo en su arte; se escedió asimismo. Todos los corazones le fueron abiertos, y pocos años despues se presentó una nueva embajada de Roma que traía el capelo á nuestro héroe, dejando igualmente á su voluntad la eleccion de sucesor en su arzobispado.

Entonces se le presentó de nuevo Rodrigo, y le habló con mas confianza todavía que las dos veces anteriores, pues le recordó el mucho tiempo que habia esperado, sus no interrumpidos servicios durante todo él, y las repetidas promesas que se le habian hecho. S. E. se manifestó muy agradecido, convino en que tenia derecho á todo, pero solo le quedaba ya un tío materno, á cuyas apremiantes demandas y mas particularmente á la obligacion de mirar por su familia no podia negarse.

—Pero ven conmigo á Roma, añadió, y de seguro allí mas que en ninguna otra parte, se presentará ocasion de manifestarte mi reconocimiento, cuidando del porvenir de tu hijo.

Acompañóle tambien por esta vez. El nuevo cardenal adquirió en breve en Roma generales simpatías: nada hacia sin consultarle el Pontífice; pero este Papa enfermó de peligro y murió poco despues. Se abrió el cónclave, Rodrigo empleó los recursos de su arte, y hé aquí que por unánime eleccion, fué el dean de Colonia elegido cabeza de la cristiandad.

Apenas se habia ceñido la triple corona, se presentó Rodrigo á Su Santidad repitiéndole su ya tres veces desestimada peticion. Desde el principio hasta que hubo concluido su discurso, le escuchó con su acostumbrada indiferencia, por lo que incomodado el anciano, le aseguró

que estaba cansado de tan eterno suplicio; que no se dejaria engañar mas tiempo por sus promesas, que sabia muy bien lo que merecia, y que Su Santidad ó debia cumplirle lo que le habia prometido en Milan ó darle una negativa.

Estas palabras incomodaron de tal manera al Pontífice, que:

—Tambien sé, le dijo, que por mágico mereces la hoguera; marcha donde no te vuelva á ver; bastante tiempo he sido ya juguete de tus artes. Si te encuentras mañana en Roma, te prenderá la Santa Inquisicion, premiándote como debe por hechicero y mágico.

A estas palabras se volvió Rodrigo con la mayor frialdad.

—Cocinera, dijo llamando desde la puerta; no pongas mas que una perdiz en el asador, pues cómo hoy solo.

Y en el mismo instante desapareció toda la mágia, quedando el Santo Padre reducido á su antiguo dean de Colonia, y comprendiendo que toda la série de años, dignidades y promociones, habia sido un juego del arte de Rodrigo, ante el que se encontraba ahora burlado, confundido y con la nota de ingrato á sus esfuerzos para instruirle, que tan mal habia sabido comprender como pagar.

José S. BIEDMA.

HISTORIA DE UN ALMA

LEYENDA ITALIANA.

Hará de esto unos seis mil años sobre poco mas ó menos.

El mundo habia sido creado poco tiempo hacia y Dios habia ya arrojado del paraiso terrenal, á Adán y Eva. Entonces no habia en el cielo mas que las almas que debian bajar algun dia á la tierra á animar los cuerpos que habian de nacer.

La primera que volvió al cielo fué la de Abel. Los cantos de los querubines y la benedicion del Señor, acogieron al alma mártir y desterrada, que debió su nacimiento á la primera falta y su muerte al primer crimen.

La segunda fué la de Eva. Cuando las puertas del cielo se abrieron para dar entrada á aquella alma pecadora, marchita por el pecado, pero purificada por el dolor, las almas que aun habian de nacer acudieron en tropel á preguntarle algunas nuevas de la tierra.

Eva se contentó con decirles «Hé pecado, hé sufrido y hé orado: la vida es una lucha de pasiones: tiene muchos dolores y muy pocas alegrías.» Luego voló á la diestra del Señor, para acabar á su lado la oracion empezada en la tierra.

Para aquellas almas que solo el cielo conocian, las pasiones y los dolores eran dos palabras desconocidas, así que discurrían melancólicas por los jardines de estrellas, que Dios hacia nacer bajo su paso, y se preguntaban unas á otras qué serían aquellas palabras ignoradas en el cielo, y á las que la tierra llamaba pasiones y dolores.

Algunas veces solían alejarse del grupo que forman los elegidos junto al Señor, y seguían misteriosamente una senda retirada desde donde trataban de ver lo que pasaba en la tierra; pero las tinieblas de las pasiones mundanas estaban tan impenetrables para sus ojos, como lo está para la ciencia humana la luz de la eternidad.

Es pues el caso, que entre aquellas almas tan curiosas de ver la nueva tierra, habia una á la que dijo su ángel bueno. «Llegará un día en que nacerás del seno de una muger y dejarás tu forma inmortal, para bajar al mundo que el Señor acaba de hacer.»

—¿Y cuándo naceré? preguntó el alma.

—Espera y entretanto ora, contestóle el ángel.

Y batiendo las niveas alas al oriente del cielo, dejó á la pobre alma mas curiosa que antes.

Un día se oscureció el sol en los cielos: llegó un alma á las puertas del Señor y la arrojó de ellas el ángel de la justicia.

El brillante cortejo del Señor se postró de rodillas, redobló las súplicas y las alabanzas, y preguntaba que habia hecho aquel á quien Dios negaba entrar en el cielo.

—¡Se llamaba Cain y há asesinado á su hermano Abel!

—¿Qué sucederá en el mundo, se preguntaba el alma que debia nacer, cuando un hermano mata á su hermano?

Sin embargo esperaba siempre y entretanto oraba.

A todo esto la primera falta y el primer crimen habian escitado la cólera de Dios, mucho mas cuando las muertes se sucedían con rapidéz y volvían al cielo muchas menos almas de las que habian partido. Cada vez que una llegaba le pedían noticias de la tierra, y ella respondia. «Ante Dios se olvida á los hombres: pero todo lo que hace Dios es hermoso y la tierra, entre sus dolores, tiene muchas alegrías.»

Trancurrían los siglos y el alma esperaba siempre.

Un día que estaban los ángeles arrodillados junto al trono del Eterno, vieron brotar una lágrima de sus ojos. De aquella lágrima se formó el diluvio.

Por espacio de cuarenta dias lloró el cielo por las faltas de la tierra y la tierra desapareció.

Desde las celestes alturas los ángeles seguían con la mirada una cosa que se deslizaba sobre las aguas. Era el arca de Noé.

La desdichada alma que esperaba el día de su nacimiento creyó al pronto que la tierra habia desaparecido para siempre; pero el arca hizo renacer sus esperanzas: el mundo volvió á poblarse.

No habia un alma que dejara el cielo para bajar á la tierra, á quien no le dijese.

—Cuando vuelvas, hermana mia, me dirás lo que has visto en el mundo.

Y cada vez que se encontraba al lado de su ángel bueno, en la hora de la plegaria, le preguntaba.

—¿Naceré pronto?

—Espera y ruega.

Así se pasaban los siglos.

Entretanto el mundo se iba haciendo cada vez mas malo. Las alabanzas crecían en el cielo, á medida que el culto se perdía en la tier-

ra. De tarde en tarde llegaba alguna que otra alma solitaria; pero á aquella se la recibía con cánticos y flores y el Señor la bendecía.

Viendo que el castigo no era suficiente para extirpar los crímenes, el Señor quiso ver si con el perdón podía conseguirlo. Hizo un alma á imagen de su pureza, y la envió á la tierra. Los ángeles la acompañaron cantando y se quedaron postrados ante ella hasta perderla de vista.

Aun no hacia treinta años que habia bajado á la tierra aquella alma, á quien Dios habia llamado su hijo, y á quien la tierra llamó Jesucristo, cuando ya empezaron á llegar al cielo muchas almas, purificadas por el Salvador. Todos los días era fiesta y el cielo se poblaba de vírgenes y de mártires.

Al fin volvió de su misión el hijo de Dios, trayendo entre sus desgarradas manos una corona de espinas.

Dios le dijo.

—Ven acá, hijo mío; mucho has sufrido en la tierra, pero tu corazón ha permanecido puro ante las tentaciones.

Y le hizo sentarse á su diestra.

—¿Qué mundo es ese, se preguntaba el alma ansiosa de nacer, en dónde se atreven á matar al hijo de Dios?

No se hablaba en el cielo mas que de una gran pecadora á quien Jesucristo habia convertido y que se esperaba llegase de un día á otro con impaciencia.

Por fin llegó.

La primera que salió á su encuentro, fué el alma que siempre deseaba saber de la tierra.

—¿Cómo te llamabas, hermana mía? le dijo.

—Magdalena, le contestó la pecadora.

—¿Y hay muchos placeres en la tierra?

—Sí pero son muy pasajeros. Los del Señor son eternos.

Magdalena voló á arrodillarse á los pies del Señor.

El alma continuó esperando: habia oído al Señor decir á Magdalena «Mucho te se perdonará, porque has amado mucho.» Y se preguntaba qué seria su amor, de que nada se sabia en el cielo, que habia perdido á Eva y que salvaba á Magdalena.

Así que cada día estaba mas impaciente por descubrir los misterios de un mundo, adonde Dios enviaba tantas almas: de un mundo lejano y desconocido en el cual, por algunos años de pasiones, se sacrificaba una eternidad de venturas.

Y siempre que se encontraba con el ángel le hacia la misma pregunta, y recibía la misma contestación.

Las noticias que se tenían de la tierra, no eran con todo muy halagüeñas para una hija del cielo. Los apóstoles que habian seguido los pasos de Jesucristo volvieron con el alma pura pero el cuerpo macerado por los sufrimientos. Según parecia, los hombres no querían seguir la senda trazada por la mano divina. Las vírgenes que llegaban al cielo daban gracias á Dios por haberlas llamado á su lado y cuando hablaban de la tierra, lo hacían sin pesar.

El alma esperaba siempre.

Y así se pasaban los siglos.

Por fin la ley del Señor llegó á posesionarse del corazón humano: era la mejor ocasión para bajar á la tierra. Ya no habia emperadores crueles ni apóstoles mártires: todo parecia marchar de conformidad con la voluntad de Dios, y para aquella alma solitaria que solo anhelaba oscuridad y amor, la tierra prometía muchas alegrías.

—¿Si, solo en la tierra se encuentra el amor? ¿Cuándo naceré? preguntaba.

—Espera y ora, le decía el ángel.

Mucha era su impaciencia, tanto mas cuanto que el cielo se vió de repente iluminado por un astro maravilloso al que llamaban un cometa y el alma temía qué fuese un instrumento de la divina justicia, puesto que el Señor habia dicho que el mundo pereceria por el fuego.

Comprendió pues, que era preciso apresurarse y fué á buscar al ángel.

—¿Consentirá Dios en que sea pronto mi nacimiento?

—Muy pronto, le dijo el ángel.

—¿Y cuándo?

—Dentro de un siglo.

¿Quién no espera con paciencia un siglo, se está en el cielo? El alma esperó.

El mundo se iba haciendo cada día mas bueno y parecia volver á la edad de oro. Cristo se habia servido del amor terrestre para inocular la fé en los corazones.

Con todo no dejaba de comprender el alma que era un pecado desear otro mundo que el de Dios, y pensaba en que bajaria á la tierra manchada con una falta original, tanto mayor cuanto que la habia cometido gozando de la inocencia eternal.

El tiempo volaba con rapidéz, porque para el Señor los siglos pasan como caen los granos de un relój de arena.

El alma veia con placer acercarse el día tan anhelado. Cuanto mas se acercaba, mas preguntaba á las que volvan de la tierra, mas comezon sentia de conocer al mundo para ella tan misterioso, mas sed sentia de conocer el amor terrenal y aun de probar los dolores mundanos.

Así es que discurría solitaria por las mas apartadas vias del cielo y al llegar la hora en que la noche envuelve á la tierra, con su negro manto, procuraba levantar un poco el denso velo estrellado que Dios estiende todos los días sobre el cielo. Miraba la via lactea y esclamaba. «Qué castigo me impondrá Dios por la falta que cometo, puesto que yo no debia tener mas deseo que adorarle, ni mas felicidad que alabarle, ni mas alegrías que la eternidad?»

De cuando en cuando el ángel pasaba junto á ella y le decia. «Paciencia.»

El alma esperaba.

Por fin una tarde en que estaba entregada á sus sueños como de costumbre y viendo la revolucion que estaba haciendo una estrella, vió llegar junto á si al ángel que le dijo.

—¡Tu madre ha nacido hoy!

—¿Mi madre?

—Sí.

—¿Entonces quiere decir que ya no tengo que esperar mas que diez y ocho años, porque mi madre se casará jéven, no es verdad?

—Espera y entretanto ora.

El alma voló, loca de alegría, olvidando la revolucion de la estrella, y fué á buscar á las

demás para participarles el nacimiento de su madre.

Ya que tenia la certidumbre de nacer, la inquietaba otra cosa. ¿Naceria muger ú hombre? Pero en esto era impenetrable el porvenir y no tenia mas remedio que esperar.

—Todos los días preguntaba al ángel.

—¿Cómo está hoy mi madre?

—Ya anda sola.

—¡Que felicidad!

Y al otro día tornaba otra vez á sus preguntas.

La infeliz alma entraba cada vez mas en la senda del pecado, y antes de nacer, ya tenia que expiar.

Una mañana vino el ángel á buscarla.

—Tu madre se ha casado hoy, le dijo:

—¡Se ha casado mi madre!

—Hace una hora.

—De modo que solo me faltan....

—Nueve meses.

El alma fué á dar parte del matrimonio de su madre, como ya lo habia hecho de su nacimiento y de todas recibió mil felicitaciones.

Por desgracia como siempre un pecado vá unido á otro, el alma adquirió un orgullo insoportable y ninguna otra podia acercársele, desde que supo que iba á bajar á la tierra.

¿Qué castigo reservaria Dios á aquella alma que así turbaba la inalterable paz del firmamento?

Cuanto mas se aproximaba el momento tan deseado por espacio de seis mil años, mas nuevas queria saber del mundo que habia de habitar; pero tambien es verdad que cuanto mas se acercaba, mas sombría y meditabunda se iba volviendo.

En esta situacion, volvió un día el ángel.

—¿Qué hay? le preguntó.

—Tu madre está en cinta.

—¿De mí?

—De tí.

El alma lanzó una esclamacion que en la tierra hubiera sido un pecado y que fué un crimen en el cielo.

Nunca hubo alma mas deseosa de la vida corporal. Tanto era así que sus compañeras,

cuyo solo amor era Dios, la dejaban entregada á sus sueños de amor terrenal, y oraban por ella fervorosamente.

A medida que pasaba el tiempo se aumentaba su alegría. Una vez que estaba mas alegre que nunca, calculando cuán pocos dias le quedaban ya que esperar, vió llegarse á ella al ángel.

—¿Qué hay?

—¡Ay! exclamó el ángel, tu madre ha muerto de resultas de su alumbramiento.

—¿Y yo? preguntó el alma egoísta.

—Tú has muerto al venir al mundo. . . .

El castigo siguió al momento á la falta.

El alma sintió que se hundía el cielo bajo sus piés y cayó precipitada en los limbos.

Ignacio VIRTO.

FABULA.

EL NIÑO GOLOSO.

Llegóse cierto niño, á un viejo armario
Que por fatal descuido
Se olvidó de cerrar un boticario,
Y creyendo encontrar allí un jarabe
Dulcísimo y suave,
Alégremente toma
Entre varias botellas
De un ácido infernal una redoma.
Pruébalo al punto de imprudencia lleno,
Y en lugar de un licor bebió un veneno.
Siente frio, perdiendo sus colores,
Y sufriendo agudísimos dolores
Condúcenle á su lecho:
Al principio nada hacen de provecho,
Y por último á un médico se llama:
Llegó el doctor y se acercó á la cama
Pero en vano venia,
Ya el misero inocente no vivia.

Así el mortal del vicio entre el torrente
De tal veneno bebe ciegamente
Y cuando el fuego en sus entrañas arde
Y la pasión le arrastra y le devora
El remedio á su mal ya llega tarde.

El Barón de ANDILLA.

ES SU BENJAMIN.

Lo mismo que su hijo mas amado, el predilecto de sus padres y en el que gozan y se complacen.

Es con relacion al último y mas querido hijo que tuvo el patriarca Jacob por los años 2096, antes de J. C., y el cual dió su nombre y fué el jefe de una de las doce tribus de Israel, llamado por el tribu de Benjamin, situada en la Palestina entre las tribus de Judá y de Efraim.

Raquel, su padre, le dió al nacer el nombre de *Bernoni*, que quiere decir *Hijo de mi dolor*, porque murió la pobre en el parto. Mas Jacob cambió luego el nombre al niño, y le llamó *Benjamin*, esto es, *hijo de la diestra*, como si dijera hijo muy amado el báculo de mi vejez, etc.

Genesis. Cap. XXXV, v. 18.

V. Joaquín BASTUS.

EL NACIMIENTO DE UN NIÑO.

Soneto.

Ángel de paz, que por la vez primera
Abres tus ojos á la luz del cielo,
En la estacion de escarchas y de hielo,
Cuando el airado vendaval impera;
Crece feliz, cuál crece en la ribera,
A la márgen de límpido arroyuelo
Grata y fecunda vid, que inclina al suelo
Sus frutos y pomposa cabellera.
El destructor invierno, que al presente,
O vástago de amor, la selva umbria
Y vegas y pensil tala inclemente;
Perdone tu verdor y lozanía,
Y serás al eruir la hermosa frente,
Orgullo de tus padres y alegría.

Gaspar BONO SERRANO.

PENSAMIENTOS Y MÁXIMAS.

—Desde el momento que se habla mal de

los otros, se les autoriza para que le residen-
cien á uno.

—Un pobre avergonzado de su pobreza, se-
ria muy orgulloso si fuera rico.

—A un agravio el desprecio.

—El destino de los pueblos depende de la
educacion de la juventud.

—Condúcete con tus padres, como desea-
rias que tus hijos se portasen contigo.

(Demócrito.)

—Revelar el secreto de un amigo es dispo-
ner de una cosa que no es propia, es abusar
de un depósito, y este abuso es tanto mas cri-
minal cuanto es del todo irremediable.

—Las injurias en si no son nada, nosotros
somos los que las damos valor.

—El sábio no se abate por la desgracia, la
sobrelleva con resignacion porque sabe que no
hay males en la vida que no tengan su reme-
dio, no ignorando por otra parte que cuando
no lo tuvieran, seria una locura alijirse por
un imposible.

—Hablar mucho y bien, es el carácter de
la persona ilustrada; hablar poco y bien, es el
carácter del sábio; hablar mucho y mal, es el
vicio del fátuo; hablar poco y mal, es el de-
fecto del necio.

CUADRO ICONOLÓGICO.

Explicacion.

LA AMBICION.

Un hombre de unos treinta y cinco años
representa la ambicion; ha pasado el perío-
do de la juventud en que ordinariamente no
se desenvuelve la avidez; es feo y demacrado,
porque le devora la sed de dominio sobre todo
el mundo, que abraza estrechamente, y cuya
esperanza desarrolla su pasion y altera su sem-
blante: está medio cubierto de una piel de lo-
bo, por alusion á la voracidad de este animal.

ENIGMA HISTÓRICO.

HISTORIA DE FRANCIA Y DE ESPAÑA: SIGLO XVI.

Un emperador de Alemania obtuvo el per-
miso de un rey de Francia de pasar por su rei-
no para ir á Gante. El rey francés habia sido
su prisionero, pero esto no obstó para que re-
cibiera á su antiguo amigo con todas las con-
sideraciones. Sin embargo, fué aconsejado por
varios palaciegos y por su ama, que se ven-
gase del emperador. Este comprendiéndolo,
dejó caer un diamante de mucho precio á los
piés del ama. Inclinándose esta para cogere-
lo, le dijo el príncipe:

—«No os molesteis, Señora; se ha caído y
son muy bellas vuestras manos para cogarle.»

El rey de Francia no se enteró de la ocur-
rencia del emperador; pero el bufon de la Cór-
te le presentó la lista de los locos, en la cual
acababa de inscribir el nombre del empera-
dor por haber atravesado la Francia.

—A su vista le dijo el rey.

—Si yo le dejo pasar, ¿qué harás tú?

—Borraré su nombre y pondré el vuestro.

(La explicacion en el próximo número.)

Por lo no firmado: el Director, FAUSTINO BASTÚS.

Editor responsable: D. Marcelino Martínez.

MADRID: 1861.

IMPRENTA DEL COLEGIO DE SORDO-MUDOS Y DE CIEGOS,

Turco, 11.